



## RETRATO DEL VIDEOFILO IMPENITENTE

CRISTINA PERI ROSSI

**T**IENE los ojos colorados y grandes ojeras azules bajo las gafas.

A la mañana, cuando se desayuna, sufre la depresión matinal de aquellos que no han dormido bien; sin embargo, a medida que transcurre el día, se siente eufórico y excitado, como los niños a punto de viajar. Pero no viaja: cada vez sale menos de casa y es difícil conseguir que hable. En realidad, una pequeña gama de sonidos guturales le bastan para expresar sus emociones; los «¡Ahhhhhh!», «¡Uyyyyy!», «¡Ohhh!» y un gruñido particular, semejante al del gato hurafío (una especie de «¡Grrrrr!») componen su léxico habitual. En cambio, tiene los ojos vidriosos. Unos ojos bien raros: reflejan todo lo que ocurre en la pantalla, pero es imposible penetrar en ellos, como si se tratara de espejos.

El otro día llegó tarde a la oficina y con aspecto de hombre muy cansado. De inmediato, se abalanzó sobre el teléfono y habló en voz baja, murmurando. Los compañeros, curiosos, sólo alcanzaron a escuchar fragmentos de la conversación, frases como «Ben-Hur», «El tercer hombre», «Cleopatra», y cosas así. Luego, hubo una especie de negociación: se habló de cifras, horarios y días azules, se regateó, se especuló.

Cuando terminó de hablar, el hombre suspiró, satisfecho, y dirigió una tímida sonrisa a sus compañeros. Secándose el sudor de la frente dijo:

«Tengo problemas de negocios. La Bolsa sube y yo no estaba preparado para eso. Pero he conseguido comprar, por fin, a precios razonables. La ventana indiscreta por Espartaco y Cinco días en Pekín, dijo satisfecho.

Los días más duros son aquellos en que vence el alquiler de las películas; entonces se queda toda la noche grabando y a la

mañana llega muy tarde a la oficina; pero no tiene problemas con el jefe: éste es fanático del «porno» y realiza buenos negocios con su subordinado (especialista en cine americano del 40 al 60).

«¿Cómo está la cotización hoy día?» —pregunta el jefe, al pasar por su escritorio.

«Tres a uno a favor del porno —contesta el empleado, siempre atento—. Aunque he leído en el último número de Videomanía —en la versión inglesa, es más fiel— que el porno bajará en los próximos meses. Creo que suben los viajes.

El jefe le miró preocupado. Extrajo una libreta de su bolsillo y con mano tensa, anotó: «Ojo. Suben los viajes. Obtener unas Seychelles».

El futuro había comenzado, sin duda. Lo decían todos los anuncios, las revistas, los periódicos. Un futuro lleno de cables y conexiones, de artefactos grandes o pequeños que hay que renovar muy pronto, porque a poco de ser adquiridos, se vuelven obsoletos. El no sabía qué significaba esta palabra, pero gracias al video la aprendió.

Fue cuando tuvo que cambiar el primer magnetoscopio que compró (con un crédito que todavía está pagando), porque en su afán de adelantarse al futuro, el aparato envejeció rápidamente: ahora había modelos que incorporaban deliciosos perfeccionamientos... Y los vendedores siempre anunciaban: «Estamos esperando uno nuevo, muy superior aún...» Este era el problema con la técnica: adelantaba tanto el futuro que uno nunca podía alcanzarlo. Tendrían que vender los aparatos con una garantía para el consumidor: la garantía de que la técnica se estabilizará por unos años, como un gobierno, por ejemplo.

Por lo demás, el video era una clase muy especial de futuro: permitía recuperar todo el pasado. Películas viejas, actrices y actores que habían muerto, fiestas y aniversarios que ya habían transcurrido... En los bares, había gente que discutía un gol de Pelé de hace diez años y los modelos de belleza femenina tenían un aspecto irreconocible, claro, eran actrices que sólo podían admirarse envasadas.

Luego de seis meses de video (experimentaba náuseas y mareos, flojedad en las piernas y una especie de melancolía) fue a consultar al médico. Este lo atendió mientras miraba por la pantalla una carrera de caballos que su secretaria había grabado.

«El futuro ha comenzado —le recetó el galeno. Coma zanahorias, pasee por el campo y trate de pescar truchas en aguas no contaminadas.

«¿Cómo separarse, sin embargo, de esa mirada acuosa y sugestiva de Marlene Dietrich hace cincuenta años?

«El futuro ha comenzado —repitió su esposa, a fines de junio. Quiero ir a Mozambique. Toda la vida desee conocer ese país.

El meditó un rato. Quizás, si hiciera un sacrificio... En realidad, su esposa se lo merecía. Había que luchar contra el eterno egoísmo masculino.

Comenzó a hacer cuentas. Su mujer lo observó, muy preocupado ante el escritorio, haciendo números, sacando cuentas.

Finalmente se decidió. Y al otro día regresó orgulloso, triunfante. Depositó un sobre en la mesa, con entusiasmo.

«Aquí tienes Mozambique —le dijo, señalando la cinta envuelta en el sobre. Me costó Horizontes de grandeza y Gilda. ■